

Las biografías de Mommsen se leen como una novela

Viene de la página anterior

En palabras del prologuista Socas: «Ningún historiador está por encima de su entorno ni reside en un limbo intemporal». Y Mommsen, pese al bien pertrechado escudo de la imparcialidad, no es una excepción. Algunos prejuicios y lugares comunes que han calado hondo se pueden rastrear en estas páginas, por lo demás, de todo punto impecables. Al hablar de Cayo Graco lo hace de «esa naturaleza italiana tan profundamente apasionada»; en cambio, al describir a Sila, que debía parecer algo alemán, poco falta para que nos enamoremos de él: «De temperamento sanguíneo, ojos azules, cabellos blondos y de un rostro de singular blancura, pero que se coloreaba a la menor emoción; hombre hermoso, por otra parte, y de ardiente mirada».

La *Historia de Roma* de Mommsen será sin duda una de las cumbres de la historiografía, pero estas biografías de romanos ilustres se leen como una emocionante novela escrita con pulso periodístico y repleta de asesinatos —el de Sertorio, los de los Graco y, por supuesto, el de César—, muertes en el campo de batalla —Catilina— y valerosas gestas militares —Aníbal, Escipión, Mario—. Y divierte, además, encontrarse con que es un sano deseo tratar de aspirar a esa diosa esquiva que llamamos objetividad, pero que ni siquiera los que la persiguen con tanto ahínco como Mommsen son capaces de alcanzarla del todo, entre otras cosas porque las filias y las fobias personales pesan bastante. La diferencia en el trato que le da a César —un tipo acabado que se encuentra una vez en mil años, según nos dice— y el proporcionado a Cicerón, «un tal político y un tal literato [que] no pudo ser sino un hombre superficial y de apocado ánimo con una capa exterior de brillante barniz», lo dice todo.

LECTURAS

Barras y estrellas

Javier García Rodríguez y el poso que deja la literatura estadounidense



EDUARDO SAN JOSÉ

La salmantina *Delirio* revive en *Barra americana*, de Javier García Rodríguez (Valladolid, 1965), tras su breve vida editorial en 2011, cuando vio la luz como uno de los últimos números de DVD Ediciones, desaparecida al poco. Poeta, narrador, crítico, profesor, categorías que caben y se resumen en este libro, el autor nos abre todas las puertas de esta concurrida casa de citas: el relato, la crónica de viaje, la bitácora de lectura, la no ficción y la autoficción, el ensayo, la poesía; en fin, la barra libre de este artefacto definitivamente americano: aparatoso y de gran consumo energético.

Esto, porque no es posible pasar por su lectura sin entregarse hasta la última reserva a su continua incitación (las barras americanas, se sabe, es lo que tienen). Y aparatoso, por su posmoderno despliegue inter, hiper, meta, paratextual: profusión de citas, notas a pie de página (páginas al pie de sus notas), interferencias, cortocircuitos, nieve catódica, hasta la obsolescencia programada de lo que, queriéndose ultramoderno, sabe, así, de su prematura caducidad: esa cinta de casete Maxell (®) cuyas especificaciones de producto y carátula reproduce el último capítulo, ironía de la novedad artística.

Arribados a una hipotética Ellis Island de bienvenida al libro, el lector debe saber que lo que vertebrará este caos organizado es la experiencia personal del país más exótico que nos podemos echar a la cara, Estados Unidos, por mucho que creamos saber de él. Entre el espanto y la admiración, encaramos la profunda rareza de una nación fundada en la moral dispar de pioneros y puritanos, cuyos habitantes e instituciones representan una pintoresca mezcla de Joseph y John Smith; de Henry David Thoreau y Henry Ford.



Barra americana

JAVIER GARCÍA RODRÍGUEZ

Delirio, 180 páginas

El narrador arranca motores o pica espuelas en Iowa, ese Medio Oeste que llegó tarde a la foto de los tópicos de la postal americana

El estupor que provoca este gentil purgatorio, a medio caballo (mustang, qué si no) del cielo canadiense y el infierno mexicano, es el del rostro de la Historia misma: inasequible fuera de sus mitos. Visto así, con la miopía de un académico que recorre campus miméticos (Nueva Inglaterra duplicada aquí y allá contra costumbre y natura) y que entrevé el país desde aeropuertos y «downtowns» o visitando sus visitadas interestatales (la 61 de Bob Dylan, la 66 de Dennis Hopper, Chuck Berry...). El libro resulta, no en vano, un deseo de escapar de los lugares

comunes, y la paradoja final de no poder huir de ellos: la imposibilidad del viaje, rebajado a turismo.

Con toda intención, el narrador arranca motores o pica espuelas en Iowa, ese Medio Oeste que llegó tarde a la foto de los tópicos de la postal americana; un estado sin identidad en un país que ya es el espacio del no-lugar, que hizo de la utopía un tópico, puestos en la etimología. Ilustra, así, la ambición adánica de todo escritor, pequeño dios, de otorgar nombre y carácter a los lugares: Los Ángeles, decía Chandler, tiene la identidad de un vaso de cartón; hasta que sus propios relatos vinieron a dársela.

Más que «road movie», el periplo parece una carambola de billar americano: Iowa, Chicago, Miami, Minneapolis, Wisconsin, Massachussets, para acabar de vuelta en Iowa, no sin una última escala a la sombra de David Foster Wallace, de quien García Rodríguez ha sido aquí uno de los lectores más madrugadores y brillantes. Al traspasar de otros españoles que escribieron su experiencia americana (Maeztu, E. Díaz-Plaja, Julián Marías, Vicente Verdú, Paloma Díaz-Más), el libro es un viaje al centro del sueño americano de la mano de los contemporáneos: Roth, Auster, DeLillo, Ford, Franzen, hasta Lorrie Moore, a quien leí gracias a este libro.

Estamos ante una evidencia informadísima y honesta de las influencias de la literatura estadounidense en la nuestra, muy al margen de lo que en otros es superchería frívola, creando un reconocible estilo de traductor en ellos (pese a la suerte de tener a Magrinyà o Javier Calvo en esa labor), y el vicio de acabar en aquello que se quería evitar: en Vázquez Figueroa a través de Cormac McCarthy, digamos. Disfruten de un viaje inagotable, que deriva hacia una travesía interior. En la imposible llegada del viajero a otro lugar fuera de sí aguarda, «dead end», la estación terminal. Final del juego. Game over.

La brújula. POR EUGENIO FUENTES

Topografía caudalosa de los infiernos

Arrollador, brutal, sutil, jocosos, exhaustivos son adjetivos apropiados para William T. Vollmann (Los Ángeles, 1959), figura mayor de la literatura estadounidense del cambio de siglo. Quienes recuerden *Historias del mariposa* (1993) o *Europa Central* (2005, National Book Award) ya lo saben. Los que no, están ahora en condiciones inmejorables de zambullirse en esta enloquecida narrativa. *Historias del Arcoíris* (1989) fue su segunda obra de ficción. El arcoíris es, según Poe, el modo que la miseria y la desgracia tienen de extenderse sobre el horizonte. Vollmann, un cruce de Foster Wallace y Hunter S. Thompson, recolectó toneladas de miseria a pie de obra, las mutó en trece historias desbordantes y alumbró este caleidoscopio de Tenderloin, distrito de San Francisco donde vivir es ofender al gampensante. Del blanco al negro, a través de toda la gama cromática, un abrasador desfile de putas, skins, drogatas, enfermos, mendigos y lo que usted ni siquiera intuye. Hubiera podido ser un basurero, pero es narrativa en estado puro. Un clásico.



Historias del arcoíris

WILLIAM T. VOLLMANN

Traducción de José Luis Amores

Pálido Fuego

570 páginas

23,90 euros

Un domador de la palabra en claroscuro

En puridad, ningún lector atento necesita que le recuerden quién es Eloy Tizón (1964). Pero como siempre hay, por edad temprana o inclinación tardía, quien se acaba de incorporar a la función, diremos que, en 1992, *Velocidad de los jardines*, su primer libro de relatos, anunció la llegada de un exquisito domador de la palabra. Las novelas *Seda salvaje*, *Labia* y *La voz cantante*, a las que en 2006 se unieron los cuentos de *Parpadeos*, confirmaron que la imaginación es la mejor arma para conocer al ser humano cuando las ensoñaciones brotan de la palabra misma y crecen a su compás. *Técnicas de iluminación* es un nuevo regalo del autor madrileño. Una colección de historias marcadas por las sombras que se yerguen en los límites a los que el autor arrastra a sus personajes por ver si, acodados al vacío, atisban una luz de revelación. Tizón se interna en mares de clara estirpe lírica para rescatar la matriz de asuntos que podrían ser cotidianos si no fuera porque las aguas de su escritura los convierten en latigazos a la esencia íntima del ser.



Técnicas de iluminación

ELOY TIZÓN

Páginas de Espuma

168 páginas

16 euros